

RICARDO DELGADO

LA HERENCIA

*Treinta años de economía argentina
en democracia*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2013

Delgado, Ricardo

La herencia : treinta años de economía argentina en
democracia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.

243 p. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

ISBN 978-950-557-996-9

1. Economía Argentina.

CDD 330.82

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández

Foto de solapa: Mariana Lerner

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-996-9

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prefacio</i>	13
I. <i>Por qué la democracia es buena para la economía</i>	19
II. <i>Treinta años, en números</i>	33
Hallazgos de y para argentinos de la economía de la felicidad	43
III. <i>Imágenes de un mundo nuevo</i>	47
América Latina, cambiando paradigmas	48
De los estertores industrialistas a los claroscuros de la globalización	54
Nuevos tiempos, otros jugadores relevantes.....	61
China: el creciente significado del Reino Medio	62
Brasil: adiós al anonimato	74
El sueño de la unión sudamericana.....	89
IV. <i>Adiós, deuda. ¿Hola (de nuevo), inflación?</i>	101
“Con la democracia se come, se cura y se educa”	102
“Si querés que me baje los pantalones, me los bajo”	107
Un camino heterodoxo hacia la estabilización: el Plan Austral.....	110

Corazón, bolsillo y 4.900% en 1989.....	118
El mundo de la convertibilidad: peso caro, déficits gemelos e inflación cero.....	126
La caída.....	139
El nuevo orden: desendeudamiento, dólar caro, superávits e inflación.....	154
Nuevos aires: la economía política del kirchnerismo	158
V. <i>El péndulo argentino</i>	171
Del papá Estado al Estado bobo: el zigzag de los servicios públicos.....	173
La seguridad social: del “te sostenemos todos” a “cada cual hace su juego”.....	183
VI. <i>El lado oscuro del trabajo y la pobreza</i>	189
El difícil arte de crear trabajo.....	189
De las cajas del Plan Alimentario Nacional a la Asignación Universal por Hijo: la indómita pobreza	196
VII. <i>Producimos más, distinto ¿y mejor?</i>	209
Del trigo y la carne al <i>boom</i> de la soja	209
Lo que los números esconden: ¿más o menos industria?.....	215
<i>Epílogo. En la búsqueda de romper el péndulo</i>	225
<i>Bibliografía</i>	233
<i>Índice de nombres</i>	241

Para Angelita, por el amor y el sentido.
Para Bian y Renu, por el futuro mejor.

Prefacio

Para los que no tenemos creencias, la democracia es nuestra religión.

PAUL AUSTER

EN 2013, Argentina habrá completado la etapa de mayor estabilidad institucional y política de su historia contemporánea. Para una sociedad que se fue acostumbrando a la violencia, a sufrir el terrorismo de Estado y una guerra absurda, treinta años ininterrumpidos de democracia son, sin dudas, un paso enorme. Con muchos esfuerzos y no pocos momentos de incertidumbre y riesgo, el respeto a las reglas de convivencia, a la normalidad política, a lo plural y a la diferencia ya forma parte de la habitualidad argentina. En perspectiva, estos treinta años consolidan un modo cooperativo, más incluyente y amplio de articular política, economía y sociedad. La democracia ya no pasa solo por respetar la libertad, sino fundamentalmente por garantizar derechos.

La pregunta pertinente, con todo, es si este aprendizaje democrático ha sido capaz de configurar un entorno económico y social que haya sido útil para mejorar la calidad de vida de los argentinos; si las familias tienen mayores ingresos que hace treinta años; si esos ingresos están mejor distribuidos; si se lo-

gró bajar la pobreza; si el trabajo creció en cantidad pero también en calidad; si el acceso a los servicios públicos, la educación o la salud es más igualitario; si aumentó la cobertura social de los sectores vulnerables y de los jubilados. Estos son algunos de los interrogantes que buscamos responder y, a la vez, interpretar a lo largo del libro.

La herencia económica de la dictadura militar que gobernó el país entre 1976 y 1983 resultó muy dura para la democracia: recesión, altísima inflación, una deuda externa que condicionaba políticas, un Estado desmantelado y con acuciantes problemas de financiamiento, y un aparato productivo desarticulado, con escasa aptitud para contribuir a una recuperación rápida de los indicadores sociales.

Desde lo complejo de esa herencia, buscamos entender el perfil de los cambios socioeconómicos de la Argentina de estos treinta años y explicarlos de modo coloquial, de divulgación, haciendo referencia a las particularidades de cada momento histórico e ideológico, a las restricciones políticas, al modo en que los gobiernos de la democracia adoptaron los modelos globales, muchas veces sin adaptarlos a las estrategias económicas internas.

La política es parte esencial del análisis, porque se comprende que los resultados económicos y sociales parten de sus decisiones y hasta de sus omisiones. Los argentinos transitamos estas décadas a veces pagando las consecuencias, y otras, disfrutando de acciones que los gobiernos tomaron en un determinado contexto histórico e ideológico. El mundo cambió en estos años, el enfoque de cómo crecer se cuestionó varias veces y las políticas económicas transformaron, no siempre para bien, las estructuras sociales y productivas.

El libro comienza interrogándose acerca de cuáles son las razones por las que la democracia es buena para alcanzar mejo-

res resultados económicos y sociales. A partir de la diversidad, los ciudadanos, más que consumidores, trabajadores o productores, pueden elegir y ser autónomos, optar entre modos distintos de desarrollo, entre combinaciones posibles de Estado y mercado, entre diferentes formas institucionales. Incluso dentro del capitalismo, no existe ni un modelo solo de democracia, ni tampoco una receta única para los problemas económicos.

Luego, en el capítulo más “cuantitativo”, se muestran los indicadores básicos que utilizamos los economistas para medir si hubo mejoras en la calidad de vida en estas tres décadas, tanto por el lado de los ingresos como por el del acceso a los servicios sociales, ya sea educación, salud o vivienda. Se muestran también algunos resultados recientes de enfoques alternativos, como los que provee la economía de la felicidad.

Las profundas alteraciones del contexto global también forman parte del análisis. En estos treinta años se instalaron nuevos paradigmas para pensar el desarrollo; bajo el dominio de la globalización surgieron otros jugadores relevantes para Argentina, como China y Brasil, y se extendieron los lazos económicos regionales a través de diversos acuerdos de integración. El mundo actual no es el de comienzos de los años ochenta, y esos cambios configuran también resultados económicos concretos para el argentino medio.

A continuación, se discuten en detalle las dos batallas económicas más significativas que los gobiernos debieron enfrentar desde la restauración democrática: la inflación y la deuda pública. Nuestra hipótesis es que la democracia demoró en brindar resultados positivos desde lo económico-social porque ambos frentes dominaron —prácticamente sin restricciones— las políticas públicas en gran parte del período. Las diferentes miradas sobre estos problemas que tuvieron las estrategias políticas y económicas implicaron no solo un éxito mayor o menor

respecto del control de la inflación y de la carga de la deuda sobre la actividad económica, sino también, y fundamentalmente, respecto de los “daños sociales colaterales”, como ser la pobreza y la distribución del ingreso.

En las tres décadas democráticas, Argentina osciló en visiones pendulares, del estilo “más Estado o más mercado”, sobre aspectos decisivos para la calidad de vida, por ejemplo la manera de prestar servicios públicos esenciales (camino, ferrocarriles, electricidad, agua, gas) o garantizar la seguridad social. El péndulo en estas áreas centrales de las políticas públicas ha jugado un rol fundamental en la democracia.

Este libro también está enfocado en los resultados alcanzados en democracia en los aspectos de la inclusión, la cobertura de los sectores vulnerables y la creación de trabajo, entre otros. Una conclusión es que el entramado social se ha visto estructuralmente alterado por las crisis periódicas cuasiterminales que signaron los tiempos democráticos. Retornar a los niveles previos de pobreza o de igualdad distributiva luego de episodios como los de 1989-1990 o 2001-2002 resulta un esfuerzo notable. La pérdida de capital social en una crisis no es fácilmente reversible.

El último capítulo se aboca a analizar los cambios producidos en el agro y en la industria en estas décadas. El pasaje del granero del mundo al *boom* sojero no fue obra del milagro. Tecnología, nuevos procesos productivos y una inversión inteligente han permitido correr el agro del tradicional lugar de las ventajas comparativas heredadas de la naturaleza, para ponerlo en un sitio vinculado a la generación y difusión tecnológicas que es comparable con los momentos más intensos de la industrialización argentina. La dictadura inició la desarticulación productiva, que no logró contenerse en los años ochenta y se profundizó en los noventa. Desde el año 2000, la industria recuperó capa-

cidad productiva, con mayor presencia en el debate público, pero sin haber logrado superar aún una serie de restricciones importantes, y sin torcer el rumbo hacia la fuerte presencia del capital extranjero y de la concentración.

En el epílogo se concluye que la democracia mejoró las condiciones de vida de los argentinos en distintos aspectos, pero que consolidar los logros y avanzar sobre lo pendiente exige romper el ancestral péndulo, la noción de volver siempre a empezar, una y otra vez, como en el eterno retorno nietzscheano. Si creemos que elegir un camino y no otro contiene ideología, y si evitamos la falacia del pensamiento único, los argentinos podemos proyectar la cuarta década democrática y demandar renovados y más exigentes resultados económicos y sociales. Lo podemos hacer porque tenemos pasado.

Conocí, con más o menos cercanía, a varios protagonistas de este relato. Con algunos, incluso, trabajé profesionalmente o compartí espacios políticos. Tal vez ese mayor grado de conocimiento me dio la oportunidad de decodificar las miradas más profundas de los personajes centrales de estos treinta años. Ojalá esos sentimientos íntimos hayan quedado plasmados en las páginas que siguen.

El 10 de diciembre de 1983 estrenaba mis 18 años, concluía el secundario en el emblemático Carlos Pellegrini, y en el aire se respiraba libertad. La atmósfera pesada que había dominado esos seis largos años de colegio se esfumaba y todos, quien más, quien menos, nos abríamos a la política, sea desde un clandestino centro de estudiantes que funcionaba en una vieja casona de la calle Libertad, casi esquina Corrientes, o desde los partidos políticos que despertaban de un largo y forzado letargo. Raúl Alfonsín se convertía en presidente con más del 50% de los votos y en ese día, en esa tarde, en esa noche, las calles de Buenos Aires latían como hacia tiempo no sucedía. El final de mi adoles-

cencia se encontraba con la euforia de la primavera democrática cuando empecé a comprender, a medida que las atrocidades de la dictadura salían a la luz, algunos hechos familiares cercanamente vinculados con los años más negros de Argentina. Luego estudié Economía y desempeñé diferentes funciones en el Estado y en la consultoría privada. Debatí, opiné, asesoré a trabajadores, empresarios y políticos. Todo en democracia.

I. Por qué la democracia es buena para la economía

Mi amor, la libertad es fanática;
ha visto tanto hermano muerto,
tanto amigo enloquecido,
que ya no puede soportar
la pendejada de que todo es igual,
siempre igual, todo igual, todo lo mismo...

PATRICIO REY Y SUS REDONDITOS DE RICOTA,
Blues de la libertad

TREINTA años consecutivos de democracia ya forman parte de las páginas más alentadoras de los libros de historia de Argentina. La consolidación institucional, el avance de los derechos sociales y humanos, y la búsqueda de protección de los sectores más postergados son un verdadero activo social e integran una etapa distinta, antitética respecto de un pasado oscuro, pobre por sus resultados económicos y sociales y, sobre todo, por la violación sistemática de los preceptos democráticos.

Los argentinos, en estas décadas, hemos sido capaces de encontrar, no sin dificultades, los caminos para consolidar el sistema, evitando las tentaciones autoritarias y las soluciones facilistas. La democracia de 1983 nació débil; la herencia de la dictadura le dejó un muy escaso margen de maniobra a la po-

lítica económica, y el primer gobierno, conducido por Raúl Alfonsín, apenas si logró respirar por un breve lapso, sucumbiendo más tarde ante la explosión inflacionaria de finales de la década. Sin embargo, la democracia consiguió entonces que, aun dejando antes el poder, el presidente radical lograra traspasarle el mando al peronista Carlos Menem, hecho que no sucedía desde 1928, cuando Marcelo Torcuato de Alvear le entregó el gobierno a Hipólito Yrigoyen. Los mecanismos institucionales de la democracia también evitaron el vacío de poder que legó la explosión de la convertibilidad a fines de 2001. La triste imagen del helicóptero en retirada de Fernando De la Rúa no tuvo la misma significación que el helicóptero de Isabel Perón, en marzo de 1976. En los años setenta, una parte de los argentinos creía que esa era la salida para la crisis del gobierno peronista. Casi veinte años más tarde, una sociedad unánime siquiera imaginó el camino autoritario. La renuncia de De la Rúa sería rápidamente resuelta por los resortes democráticos. El aprendizaje había concluido.

Este capítulo abre la puerta a lo que piensan los economistas acerca del vínculo entre democracia, crecimiento y bienestar, como paso previo a sumergirnos plenamente en la valoración económica y social de las tres últimas décadas de Argentina. Las respuestas que vienen de la política son obvias; “la democracia es buena porque garantiza la libertad”, por ejemplo. Pero no hay conclusiones tan irrefutables cuando la economía se pregunta si los gobiernos de mayorías son los mejores para garantizar el avance económico de las sociedades.

Los escépticos siguen aún hoy utilizando a la China comunista, a los regímenes autoritarios del Sudeste Asiático y hasta al Chile de Pinochet como ejemplos que demostrarían que democracia y crecimiento no son conceptos que necesariamente tienen que ir de la mano. Todas estas economías, en su momento,

recibieron el rótulo de “milagro” por sus resultados impactantes en cuanto a las mejoras del ingreso por habitante, a la estabilidad macroeconómica, a la inserción externa y a la dinámica de la inversión. Algunas visiones extremas hasta animaron a plantear, con más o menos sutilezas, que precisamente la mano dura que subyacía y sostenía a esos modelos autocráticos era la condición necesaria para que un país pudiese desarrollarse.

El argumento de las “dictaduras exitosas”, con todo, es débil; otros ejemplos, los de países africanos como Zaire y Uganda o el más cercano Haití, reflejan que el autoritarismo también puede hacer estragos en la economía, dejando marcas indelebiles y permanentes de miseria y depresión. En este rincón de casos fallidos se ubica el nefasto experimento económico de la dictadura argentina de 1976-1983. No es la intención discutir las inconsistencias del modelo económico de ese período; mucho se ha escrito al respecto.¹ Sí, en cambio, poner en perspectiva algunos de sus resultados. El salario real se desplomó el 35% en 1976 y nunca más se recuperó, afectando la participación de los trabajadores en el ingreso, que pasó del 47% en 1974 al 32% en promedio durante 1976-1983. La deuda externa aumentó el 380% en esos años y condicionó, por la necesidad progresiva de dólares, la posibilidad de estabilizar la inflación y sostener el crecimiento.

Por suerte, la investigación económica, que tantas veces ha producido ideas contrarias a los más razonables equilibrios sociales, generó, y lo sigue haciendo, evidencias contundentes en favor del vínculo entre democracia y crecimiento económico.²

¹ Jorge Schvarzer, *La política económica de Martínez de Hoz*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Adolfo Canitrot, *Orden social y monetarismo*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 1982.

² Las referencias básicas son Dani Rodrik, “Democracy and Economic Performance”, mimeo, 1997; *The New Global Economy and Developing Countries*:

Con democracia, se concluye, se alcanza más estabilidad en el corto plazo y el aumento de la actividad económica es mayor en el largo, básicamente porque las reglas de juego son conocidas. Esto provoca la disminución de la incertidumbre y una mejor predicción del futuro. El azar y la suerte encuentran menos espacio en un crecimiento de tipo democrático. A diferencia de los escenarios autoritarios, el impulso a la movilización política en las sociedades democráticas da más posibilidades para adaptarse ante los cambios imprevistos y los *shocks* externos. Las democracias, en general, también obtienen mejores resultados en la distribución del ingreso. Sociedades más abiertas, con menos brechas sociales y más estables desde lo político-institucional generan mejores condiciones para la inversión de largo plazo. Estos resultados sobre la inversión real son en general poco publicitados y conocidos, pero deben resaltarse.

Además, en tiempos recesivos, las economías en democracia caen menos que las dictaduras, por la simple razón de que sus instituciones administran mejor los conflictos sociales generados por escenarios más complejos para la producción de la riqueza y la distribución del ingreso. Durante la crisis del Sudeste Asiático de 1997, tanto Corea del Sur como Tailandia lograron manejar con eficiencia sus efectos negativos porque los mecanismos democráticos funcionaron; los gobiernos cambiaron con pocas fricciones, las nuevas políticas abrieron modos de participación y negociación democráticos que aseguraron consensos básicos para los ajustes, y se evitaron conflictos sociales importantes.

Making Openness Work, Washington, Overseas Development Council, 1999, y "Where Did All the Growth Go? External Shocks, Social Conflict and Growth Collapses", en *Journal of Economic Growth*, vol. 4.4, 1999, pp. 385-412. Véase también Raaj K. Sah, "Fallibility in Human Organization and Political Systems", en *Journal of Economic Perspectives*, vol. 5.2, 1991, pp. 67-88.

La literatura económica también muestra suficiente evidencia de que la democracia y una amplia participación política mejoran los salarios de los trabajadores en el tiempo, incluso más allá de su productividad, redistribuyendo así las ganancias empresarias hacia el mundo del trabajo. Esta mayor igualdad en el reparto de ingresos alcanza tanto a los sectores modernos, dinámicos y formales, los manufactureros, como también a los informales y menos calificados.

Economía, política y democracia se entrelazan de formas muy diversas. El exministro de Hacienda, excanciller y reconocido economista chileno Alejandro Foxley decía que

los economistas no solo deben saber de modelos económicos, sino también comprender la política, los intereses, los conflictos y las pasiones —la esencia de la vida en sociedad—. Por un breve período, puedes hacer cambios por decreto; pero para que estos cambios persistan, tendrás que armar coaliciones para acercar a la gente. Tendrás que ser un político.³

La corriente más convencional del pensamiento económico, la escuela neoclásica, sostenía —algunos aún lo hacen— que es posible abstraer los factores políticos e institucionales, imaginando la economía en democracia apenas como un proceso de optimización de los consumidores y las empresas, condicionado a restricciones bien definidas y conocidas en los entornos de mercados libres y autorregulados.

En la realidad, en las democracias conviven intereses múltiples, heterogéneos y opuestos la mayoría de las veces. Hacer economía en democracia es precisamente resolver los recurrentes

³ Allan Drazen, *Political Economy in Macroeconomics*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2000, p. 3.

conflictos entre grupos de interés de manera estable y al menor costo posible. La política democrática mediatiza, sirve de intermediaria, en esas pujas. La economía, finalmente, las encamina hacia alguna dirección. Son los espacios donde la economía política trata de comprender de qué manera la naturaleza política de la toma de decisiones afecta las posibles soluciones y, en definitiva, termina influyendo sobre los resultados económicos. Al final del camino, la economía política persigue equilibrar los conflictos de intereses de modo que surja una elección eficiente desde lo colectivo.

La democracia argentina contiene múltiples ejemplos de cómo la política y la economía se refuerzan y complementan. Veamos algunos. Todos los planes exitosos de estabilización macroeconómica (el Plan Austral en los años ochenta, la convertibilidad en los noventa, el modelo kirchnerista en la primera década del siglo XXI) fueron sostenidos por fuertes coaliciones político-sociales que, en función de la persistencia de los logros obtenidos, se fortalecieron o debilitaron en el tiempo. Políticas estructurales que signaron las tres décadas democráticas, como las privatizaciones menemistas, el *default* y la reestructuración de la deuda en la posconvertibilidad, o el renovado avance del Estado sobre sectores emblemáticos en tiempos kirchneristas (la seguridad social, el petróleo, la aerolínea de bandera), han sido posibles a partir del apoyo de grupos mayoritarios y transversales. La dirigencia política y social maduró en estas décadas con relación a los costos del sobreendeudamiento y de las “relaciones carnales” con los organismos de crédito, como el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Un grado profundo de interacción entre política, democracia y economía incluso logró desarticular, no sin costos, crisis profundas y percibidas como terminales, como el estallido hiperinflacionario de fines de los años ochenta, el final de la con-

vertibilidad o el conflicto agropecuario de 2008. En todos los casos, la política en democracia ordenó, coordinó la salida y sostuvo decisiones económicas complejas y dolorosas.

Negar estos hechos desde la mirada estrecha de una supuesta racionalidad económica es perder la riqueza que los procesos de decisión en democracia llevan implícita. Aunque varios de estos eventos contaron con la presencia estelar de “iluminados”, de personajes políticos decisivos, de *primus inter pares*, lo que finalmente determinó la estabilidad de las decisiones político-económicas fue que todos ellos estuvieron sostenidos por coaliciones sociales amplias y más o menos estables.

Una pequeña digresión respecto de la mirada de las ciencias políticas acerca de la relación entre economía y democracia. En general, esta está básicamente definida a partir de la interacción entre Estado y mercado. Se pensó y se piensa, se escribe mucho al respecto, desde hace años, con diversas miradas. Algunos pensadores relevantes, como Norberto Bobbio, a mediados de los años ochenta planteaban la posibilidad de aislar la factible contradicción entre Estado y mercado de la discusión convencional, reformulando la disyuntiva entre Estado democrático y mercado.⁴ En su visión, el Estado liberal y el Estado democrático son interdependientes en dos sentidos. En primer lugar, porque son necesarias ciertas libertades para poder ejercitar la democracia. Y, en segundo lugar, porque se requiere del poder democrático para garantizar que existan y persistan las llamadas libertades fundamentales de opinión y asociación, por caso.

Bobbio también enfatizaba la tensión existente entre igualdad social y derechos de propiedad, argumentando que estos consolidan la desigualdad en la distribución de la riqueza y el

⁴ Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

ingreso generado por el funcionamiento libre de los mercados. Esta es la base de la duradera ambivalencia histórica entre el pensamiento liberal y la democracia.

Claro que fue la primera visión de Bobbio la que llevó a posiciones apologeticas que forzaron la conclusión de que solo los países industrializados y más desarrollados tienen democracias estables y, más aún, que la democracia solo puede convivir con el capitalismo como forma de organización económico-social. Desde una de esas interpretaciones extremas emergió la figura de Francis Fukuyama, que en 1992 publicó *El fin de la Historia y el último hombre*, en pleno auge del dogma liberal que siguió a la caída del muro de Berlín en 1989. Convertido en *best seller*, la simpleza de la idea ayudó a fortalecer y a amplificar el discurso liberal.

Fukuyama convenció a muchos gobernantes de que si a la democracia liberal se le sumaba el capitalismo, se daban todas las condiciones para que las sociedades alcanzasen una abundancia material sin precedentes y, sobre todo, para llegar al pleno reconocimiento de la libertad individual. La historia había concluido con el fin del comunismo y solo el pensamiento único, es decir, la creencia de que las ideologías ya no eran necesarias y que el único tótem por adorar eran los mercados libres, se hacía posible. Sin desafíos totalitarios, solo había un camino: el desarrollo económico capitalista, que impulsa el progreso tecnológico y las ciencias y les brinda más autonomía a los individuos. Bajo este ambiente, según palabras de Fukuyama, se llegaba a la "acumulación sin fin", a la movilidad plena del capital y el trabajo, a un avance tecnológico sin límites, a un mundo sin escasez. La combinación entre democracia y capitalismo moderno hacía desaparecer el problema económico básico: cómo asignar recursos escasos a objetivos múltiples.